

dictators of the right have done the same, but they have also brought death and destruction to other nations, or death, humiliation, and shame to their own people (p. 192).

Perhaps the most important gift is this: Ulloa Bornemann has used the story of his adult life and his experiences as a part of the movement and then a prisoner of the state, to capture the complexity of resistance as well as its cultural, personal and social costs.

For the student of Mexican history, those interested in civil unrest, state terror and testimonial literature, this is a critical addition. It is an important book and should find a large audience.

Jeffrey H. Cohen

The Ohio State University

JACINTO RODRÍGUEZ MURGUÍA: *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*. México: Debate, 2007.

Este libro es una historia de los mecanismos de propaganda y control informativo en México, sobre todo en los gobiernos de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) y Luis Echeverría Álvarez (1970-1976). Entre las virtudes que lo hacen altamente recomendable está el uso exhaustivo de fuentes primarias del Archivo General de la Nación (AGN), especialmente los fondos de los órganos de inteligencia de la Secretaría de Gobernación en los momentos más álgidos del régimen autoritario mexicano: la Dirección Federal de Seguridad y la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales. Los miles de documentos repasados dan nuevos elementos para entender mejor momentos de culto historiográfico en México como el cierre del periódico *Excélsior*, la expulsión de Arnaldo Orfila del Fondo de Cultura Económica, la cobertura mediática de la matanza de 1968 y el jueves de Corpus, las operaciones de la Liga 23 de Septiembre, etc.

Los documentos también dan luz sobre momentos de censura, autocensura y colusión con el gobierno autoritario de empresarios de la comunicación, distribuidores de cine, periodistas y editores. Sólo por mencionar algunos casos vale la pena subrayar los esfuerzos fallidos de Juan Grijalbo para publicar *Los diarios de la CIA*, la existencia de una nómina de periodistas y medios de comunicación “amigos” de Gobernación (que se transcribe en su totalidad), las tirantes relaciones de la presidencia con el dueño de Televisa Emilio Azcárraga o con las familias que controlaban diarios como *Novedades* o *El Heraldo*, las cruzadas gubernamentales contra la pornografía, la ridícula censura de películas que no promovían “la buenas costumbres”, etc. Pero no se queda ahí, porque

también proporciona elementos sobre métodos de propaganda política como, entre otros, el rumor, las inserciones pagadas en periódicos y el cine, la publicación de libelos anónimos para desprestigiar a tal o cual personaje. En este punto, resalta que los presidentes del autoritarismo detentaban una mentalidad conservadora y anticomunista: cuando de desprestigiar se trataba, acusaban a periodistas y personajes incómodos tanto de comunistas como de agentes de la CIA. También resalta la presencia en nómina o las dudas sobre la cooptación de personajes que en otros textos son mencionados por su distancia del poder, como Manuel Marcué Pardiñas.

Este último punto me lleva a comentar otra de sus virtudes: a pesar de que claramente fue escrito por un periodista, no es un libro autocomplaciente. Dice con claridad que la imagen de los periodistas indomables que luchaban contra el gobierno censurador y cruel es muy falta de matices: “Sin restar importancia al papel de un Estado opresor, el discurso de los medios como víctimas ha sido uno de los grandes mitos contruidos desde ellos mismos para esconder otras verdades, y donde prensa y poder terminaron legitimándose. Una parte importante de medios de comunicación y periodistas terminaron compartiendo con el poder político una misma historia: la de los vencedores. Con su silencio y con sus actos los medios de comunicación, de manera consciente unos, por omisión otros, por convicción los demás, colaboraron en la construcción de la invisibilidad de esa parte de la historia que alcanza hasta nuestros días” (p. 415).

Aunque se trata, en general, de un texto estructurado, *La otra guerra secreta* tiene algunos problemas de forma como la presencia de un aparato crítico sucinto y pertinente que, sin embargo, no debería ser tan inconsistente en la forma. Esta falta de consistencia es preocupante en algunas secciones en que uno no sabe de dónde salieron los documentos. El tono no académico del libro se refleja también en la manera en que el autor eligió sus fuentes secundarias: frecuentemente, en lugar de revisar los libros más acabados y rigurosos sobre los temas que trata, prefiere citar artículos periodísticos sencillos aunque muy parciales. Esto es natural, si se toma en cuenta que el autor es periodista. El texto está escrito con la premura de un cierre de edición. Y no me refiero con esto a deficiencias de estilo, sino a la falta de redacción en algunas secciones, donde se transcriben en párrafos sueltos documentos cuyas largas citas son difícil de circunstanciar.

Sobre todo en los primeros trabajos que se escriben con base en fuentes primarias, los autores tendemos a enamorarnos de nuestros hallazgos. Este es el caso del libro que comento. Tiene citas extensísimas que bien podrían sintetizarse en una frase. De hecho hay secciones y capítulos completos que bien podrían resumirse en unas pocas cuartillas. En lugar de citar documentos que en ocasiones aportan poco a la argumentación y no reflejan el panorama político completo, en futuras ediciones se podría hacer un esfuerzo de síntesis.

Decía don Luis González que el historiador no puede beber sin soplar. Es decir, que, mientras abreva durante años de natural encierro entre papeles de archivo, desempolva su significado mediante juicios. Quizá porque, a diferencia del oficio periodístico en que se descargan los juicios personales en fuentes, el oficio de historiar implica descargarlo en el criterio de las generaciones futuras. El autor muestra resistencia al criterio de los lectores descargando la responsabilidad de sus palabras en odas a “los papeles que quedaron sepultados en las cajas del AGN”. Esto es totalmente innecesario y a los ojos de ciertos lectores resultará hasta ingenuo. Para quien ejerce el oficio de historiar no hay mejor descargo que el rigor.

Froylán Enciso

Red de Archivos Diplomáticos Iberoamericanos

FERNANDO DEGIOVANNI: *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en la Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2007.

El proceso de construcción canónica es quizás el tema más acuciante de los estudios literarios y culturales contemporáneos en Argentina y sobre la Argentina. Reflexionar sobre el canon implica explorar los cauces por donde fluye la lucha por el poder simbólico y examinar las inflexiones ideológicas del pasado. Analizar el canon es así un modo de proponer una manera de entender la identidad y la ciudadanía, y en este sentido es una tarea que desborda a menudo los límites de la investigación académica sobre temas de historia literaria y cultural, para emparentarla con otros discursos político-sociales que trabajan sobre el presente y sobre el futuro de la comunidad, lo que otorga a la crítica universitaria argentina (y sobre la Argentina) un sentido de compromiso y aun de activismo que la distingue de otras prácticas académicas similares de Occidente. El libro de Fernando Degiovanni se inscribe en esta pulsión crítica y en la ya extensa lista de trabajos dedicados a estudiar la formación canónica en la literatura argentina, una rica tradición que arranca en los años 50 con el grupo de la revista *Contorno* (David Viñas, Noé Jitrik, Adolfo Prieto) y se prolonga en el trabajo realizado, entre otros, por críticos como Beatriz Sarlo, Jens Andermann, Jorge Salessi, Adriana Rodríguez Pérsico, Lila Ana Bertoni, Graciela Montaldo, Miguel Dalmaroni, Susana Cella, José Luis de Diego.

Degiovanni dirige su mirada hacia el período inmediatamente posterior al primer Centenario de la independencia argentina y allí identifica, en la publicación de dos colecciones de obras clásicas de la literatura nacional, otras tantas expresiones modélicas del combate simbólico para establecer una definición de sociedad (de “argentinidad”): la *Biblioteca Argentina* (1915–1928), dirigida